

El marqués, entregado á la meditación, había abandonado las bridas.

Atravesaba una calle triste y casi desierta, la calle Demours, para acercarse á la avenida de Villiers, cuando vió, por la acera derecha, á algunos pasos de él, una joven que le llamó poderosamente la atención.

¿Por qué la contemplaba tan fijamente?

Sin embargo, la joven no tenía nada de extraordinario.

Pobremente vestida, con una falda negra estropeada por el uso, un sombrero bastante averiado y una especie de chal oscuro que se plegaba á su cuerpo dejando ver un talle mal dibujado por un corsé vulgar, la joven no hubiera chocado á nadie, á no ser por la coloración de sus cabellos, de un rubio admirable, ó por la intensa blancura de su cuello.

El marqués, instintivamente, alargó el paso de su caballo.

Muy pronto se encontró á la altura de la joven del vestido negro.

La examinó con atención, hizo un gesto de sorpresa, y exclamó deteniéndose:

—No me equivoco, es usted, estoy bien seguro de que es usted.

XXII

Por las boardillas

El tono del caballero era muy dulce, y afectuoso, con un ligero matiz de piedad.

Aquella piedad, bien justificada, hizo asomar intenso rubor á las mejillas de la joven.

Nunca se había visto rostro más triste y adorable.

Sus grandes ojos se veían rodeados de una sombra enfermiza, fatigados, sin luz y sin brillo; sus mejillas ostentaban los pliegues de la escasez y el abandono; su boca tenía una contracción dolorosa.

Caussedé se inclinó sobre el pescuezo de su caballo y dijo:

—¿Es usted la señorita Soubére?

—Sí, señor.

—¿Benedetta?

—La misma.

—Usted quizá me haya olvidado... Recuerde usted... El marqués Huberto de Caussedé.

—Ya me acuerdo, señor.

—¡Un amigo!

Llevaba bajo el brazo un paquete envuelto en un trozo de sarga negra. La labor, sin duda.

Saludó al caballero y quiso continuar su camino; pero él la detuvo con un gesto suplicante, diciendo:

—Oígame una palabra; se lo ruego.

Y echando pie á tierra, buscó con la mirada un sitio donde pudiera conducirla sin llamar la atención de las gentes.

Se encontraban en la encrucijada que forman la calle Demour y la calle de Courcelles.

La plaza de Pereire está solamente á algunos pasos.

—Venga usted—la dijo señalando la dirección.

—Es que tengo prisa—objetó ella confusa.

Pero cedió.

—¿Vive usted en este barrio?—la preguntó el joven.

—Nó, vivo bastante lejos.

—¿Por dónde?

Benedetta no contestó.

—No tema usted nada—replicó Huberto.—Ya lo he dicho, soy un amigo y me intereso por usted. Está usted muy cambiada, Benedetta.

—¡Ya lo creo!

—¿Hace mucho tiempo que está usted en París?

—Algunos meses.

—¿Sola?

—Completamente.

—¿Y cómo ha abandonado su país, donde tan bien estaba?

—Me he venido porque era preciso.

—¿Preciso?—repitió Causse.

—Sí, por razones muy dolorosas.

El joven no se atrevió á preguntar aquellas razones, que tenía miedo de comprender.

—Y qué hace usted aquí?

—Poca cosa... trabajo. Mire usted, esta es la labor que me han dado. Encajes para repasar.

—¿Y pagan bien esas labores?

La joven hizo un signo negativo.

—¡Oh! no. Pero como es lo mejor que he encontrado... ó, mejor dicho, no he encontrado otra cosa...

—Está usted muy pálida.

—Es que he tenido mucho que sufrir.

—¿Y sus parientes? ¿y su hermana Marieta?

—Marieta está en mi país.

—Estaban ustedes muy unidas; ¿cómo puede usted vivir separada de ella?

En los ojos de la joven aparecieron dos lágrimas.

—Yo suplico á usted, señor, que no me pregunte más; ya le he dicho que he sufrido mucho; sufro todavía, y lo peor es que no encuentro remedio para mi dolor. Agradezco á usted la simpatía que me demuestra, y me alegro en el alma haberle encontrado... Permitame usted retirarme y... adiós.

—¿Adiós?... No, á fe mía—dijo Causse dé con vivacidad.—La casualidad ha hecho que me encuentre usted en su camino, y no habrá sido sin su objeto. Si es usted desgraciada, puede cambiar su situación, y yo no deseo más sino que me permita usted ayudarla con todas mis fuerzas.

El joven añadió sonriendo:

—París no es Marignac, y podremos vernos sin que nadie se ocupe de nosotros. Déjeme usted la esperanza de que he de volver á verla.

—¿Para qué?

—Hablaremos de Luchón, de Marignac... Usted me confiará sus penas, y yo trataré de dulcificarlas.

—Es imposible.

—¿De modo que rechaza usted mis ofrecimientos?

—No puedo aceptarlos.

—Un amigo es conveniente en todas ocasiones. ¿Tan poca necesidad tiene usted de él, que le rechaza?

La joven no pudo evitar una señal de asentimiento.

El marqués hablaba con calor. La recordó que eran casi paisanos; insinuó que conocía á medias el secreto de su desgracia. Supo mostrarse cariñoso y afable con discreción, y terminó diciendo.

—Sé que la acusan á usted alla abajo, en Luchón y en Marignac, yo no sé de que falta. Sé que sus mejores amigos vacilan y yo que no debo ser un extraño para usted, me atrevería á jurar que es usted pura como la misma inocencia.

Cuando terminó fijó los ojos en la desgraciada.

Dos raudales de lágrimas silenciosas rodaban por las enflaquecidas mejillas de la desventurada joven.

—Confiese usted que es muy desgraciada—la dijo.—Eso la servirá de alivio. ¿Por qué reconcentrarse de ese modo?

El dolor estalló por fin.

—¡Ah! si, si que lo soy—exclamó—y su pecho se levantó en un inmenso sollozo.

—No llore usted—la dijo Huberto, emo-

cionado ante aquella tremenda pena.—Este encuentro ha de ser para usted una felicidad. Dejeme usted verla... me contará usted sus pesares... y encontraremos un remedio, ya lo verá usted.

—Entonces jureme usted guardar el secreto—suplicó la joven—jureme usted que no revelará á nadie que me ha visto.

—¿Y á quién quería usted que fuera á decirselo?

Ella repetía con energía.

—Prometámelo usted... ¡á nadie!

—¿Lo exige usted?

—Sí.

—Pues bien, sea; yo lo juro.

—¿Por su honor?

—Por mi honor.

La joven dijo muy bajo:

—Venga usted cuando quiera; calle de Lamartine treinta y siete.

—¿Pregunto por Benedetta Soubére?

—Sí.

—¿Y estará usted por la tarde?

—Sí.

—Entonces, hasta la vista.

Y añadió con una mirada que llegó al alma de la pobre joven:

—No tema usted nada de mí, Benedetta. Seré para usted un amigo, un verdadero amigo, un amigo sincero... y nada más.

Benedetta suspiró, enjugó sus ojos y como pasara el tranvía de la avenida de Villiers y el joven se le señaló con la mano, le dijo moviendo la cabeza:

—No, prefiero mejor ir á pié.

Benedetta se alejó lentamente.

El marqués la siguió con la mirada.

Los inciertos pasos de aquella desgraciada, denotaban un sufrimiento y una fatiga, visibles.

¿A qué eran debidos?

En esto reflexionaba el bearnés cuando ella volvió la cabeza y le sonrió con tristeza.

Después continuó su camino.

El esperó algunos minutos y volvió á montar á caballo.

Entonces siguió á su vez la avenida Villiers, pero á pasos lentos, deteniéndose á cada instante con el fin de que Benedetta se adelantara.

Al cruzar la avenida de Wagram, la distinguió á alguna distancia.

Estaba sentada en un banco, abrumada de debilidad sin duda. Estaba doblada, con la frente inclinada sobre el asfalto de la acera.

Un triste pensamiento atravesó la mente del marqués.

¿Quizá se encontraba sin recursos! ¿Tendría hambre tal vez!

Puso su caballo al trote y pasó rápidamente delante de ella.

Tuvo tiempo de ver sus bellos ojos avergonzados, y cambiaron una última mirada.

Algunos minutos después entraba en su casa, almorzaba rápidamente y se dirigía al círculo para entretenerse un rato, leer los periódicos y hablar con sus amigos.

Pero las horas le parecían muy largas.

Todos sus amigos pudieron observar su humor sombrío.

A las tres todos se habían dispersado.

Causedé abandonó también el casino procurado no ser notado y se dirigió al boulevard, asegurándose de que nadie se ocupaba en seguirle.

Eran las tres y media cuando llegaba á la calle de Lamartine.

La casa que le había indicado la joven era uno de esos edificios viejos y destaralados que parecen albergar la fiebre tifoidea y todos los contagios que hierven en la podredumbre de las grandes capitales.

Desde la acera opuesta, el marqués examinaba la fachada.

En el primer piso una ancha muestra que alguna vez había estado pintada de blanco, ostentaba en letras negras estas palabras:

Viuda de Rupert: Especialista en partos.

Asistencia esmerada.

Se reciben pensionistas.

Y en un extremo de la muestra aparecía la enseña tradicional de la profesión.

Un mediano artista había pintado una mujer envuelta en un chal teniendo en los brazos un niño recién nacido.

El portal estrecho, oscuro y húmedo se